

JORNADA FILOSÓFICA
“LA CONVERGENCIA DE LA ESTÉTICA Y LOS ESTUDIOS VISUALES EN LA
ENSEÑANZA, CREACIÓN Y APRECIACIÓN DE LAS DIFERENTES
MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS”

Título de la ponencia: Una aproximación a la teoría estética de George Steiner

Ponente:

FERNANDO AURELIO LÓPEZ HERNÁNDEZ

- Licenciado y maestro en Filosofía egresado de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Profesor titular C de tiempo completo del colegio de Filosofía en el plantel 9 de la Escuela Nacional Preparatoria, de la UNAM, con PRIDE nivel C.
- Profesor de asignatura (Ética profesional) en la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Facultad de Ingeniería de la UNAM. 2004 a la fecha.
- Profesor de asignatura (Textos judeo-cristianos y Textos clásicos de filosofía antigua) en el colegio de Letras Modernas de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. 2010 a la fecha
- Secretario de Redacción de las revistas ECOS DE SAN ILDEFONSO y DIFUSIÓN de la Escuela Nacional Preparatoria durante los años 2006 a 2010.
- Coautor del libro *Iniciación a la Ética*, México, Torres Asociados, 2011.
- Actualmente, cursa el Doctorado en Filosofía en la Universidad Iberoamericana.

Una aproximación a la teoría estética de George Steiner

Fernando Aurelio López

En febrero de 2009 el escritor peruano Mario Vargas Llosa, publicó un artículo en la revista *Letras Libres* llamado “La civilización del espectáculo”. En él pone de manifiesto — mediante el análisis de diversos fenómenos sociales que van desde el deporte hasta la pornografía y desde el consumo de las drogas hasta el arte— el marco valorativo de la sociedad contemporánea.¹ En relación con el tema que nos ocupa, vale la pena subrayar que para el autor de *Conversación en la Catedral*, el arte actual se halla en una severa crisis pues hay en él evidentes rasgos de banalidad, trivialidad y gratuidad que se hallan cercanos a los modos de ser y valorar que afirman la exaltación irreflexiva del entretenimiento, que propugnan por un relativismo absoluto y que acrecientan la masificación y “estupidización de la conciencia”. Comenta:

En lo que a mí se refiere, yo advertí que algo andaba podrido en el mundo del arte hace exactamente treinta y siete años, en París, cuando un buen amigo, un escultor cubano, harto de que las galerías se negaran a exponer las espléndidas maderas que yo le veía trabajar de sol a sol [...], decidió que el camino más seguro hacia el éxito en materia de arte era llamar la atención. Y, dicho y hecho, produjo unas “esculturas” que consistían en pedazos de carne podrida, encerrados en cajas de vidrio, con moscas vivas revoloteando en torno. Unos parlantes aseguraban que el zumbido de las moscas resonara en todo el local como una amenaza terrífica. Triunfó, en efecto, pues hasta una estrella de la Radio-Televisión Francesa [...] lo invitó a su programa.²

Si éste es sólo uno de la infinidad de ejemplos que dan cuenta del arte actual, la pregunta obvia es: ¿Ante qué estamos?

George Steiner, sostiene en su libro *Presencias reales* que habitamos en la era de la post-palabra, en la era del *epílogo*, es decir en un peculiar momento que surge con el

¹ Esta descripción no ha pretendido ser original pues se ha ocupado de ella, al menos, Gilles Lipovetsky, con quien, por cierto, el mismo Vargas Llosa ha entablado un interesante debate. Cfr. revista *Letras Libres*, julio de 2012.

² Mario Vargas Llosa, *La civilización del espectáculo*, México, Alfaguara, 2012, pp. 61-62.

abandono de la confianza en el *Logos*, en la palabra y en la razón, como medios para dar cuenta del mundo. Este crucial momento, afirma Steiner, surge con los poetas franceses Mallarmé y Rimbaud. El primero, lo sabemos, ha puesto en crisis la íntima relación entre palabra y mundo, pues para él lo que legitima al término “rosa” es, efecto, “la ausencia de toda rosa”. Dice Steiner:

La palabra rosa no tiene tallo, hoja, ni espina. Tampoco es color rosa, rojo o amarillo. No despide aroma alguno. Es, *per se*, una marca fonética totalmente arbitraria, un signo vacío.³

Nos encontramos así, ante la no correspondencia entre el decir y el ser; el lenguaje es un juego autorreferencial, vacío de contenidos. Pero la completa desarticulación la lleva a cabo Rimbaud cuando dice *Je suis un autre*: “Yo soy otro”. Steiner explica:

El deslizamiento es claro [...]. El ego ya no es él mismo. Para ser más precisos, ya no es él mismo para él mismo, ya no está disponible a la integración. Rimbaud desconstruye la primera persona del singular en todos los verbos, subvierte la domesticidad clásica del “yo”.⁴

En este tenor surge una hermenéutica del nihilismo y la disolución cuyos epígonos van desde Saussure hasta Derrida, pasando por Nietzsche y Foucault. Pero también, paradójicamente, la autorreferencialidad lingüística ha encontrado bienvenida en diversos discursos del positivismo lógico: “De lo que no se puede hablar es mejor callar” dice un lema clásico de Wittgenstein.

La disgregación del sujeto y la inasible significatividad lingüística, han puesto en severa crisis las aspiraciones de sentido y con ello no sólo quedan en entredicho el mundo de la teoría sino también el de la *poesis*, puesto que ni hay autor, ni tampoco solidez ontológica en obra alguna (ante este panorama, es imposible no recordar los ecos de Gorgias que rezan: “Nada existe; si algo existiera no lo podríamos conocer; si algo conociéramos no lo podríamos comunicar”); así, afirma Steiner, el arte actual ha ido perdiendo gravedad reveladora de significado, porque al crear no hay nada que señalar, designar o mostrar.

Estos son, pues, los rasgos que dan cuenta de la estética en la era del epílogo, en los tiempos en los que se ha abandonado la tradición que según Steiner proviene de la doble

³ George Steiner, *Presencias reales*, Barcelona, Destino 1989, p. 125.

⁴ *Ibid.* p. 130.

herencia hebraico-helénica, aquella que se remonta al libro del Éxodo, al prólogo del evangelio de san Juan y, qué duda cabe, a los presocráticos. No es extraño, entonces el asombro insólito de Vargas Llosa:

En Inglaterra, aunque usted no lo crea, todavía son posibles los escándalos artísticos. La muy respetable Royal Academy of Artes [...] protagoniza en estos días uno que hace las delicias de la prensa [pues] es seguro que las masas acudirán a contemplar, aunque sea tapándose las narices, las obras del joven Chris Ofili, de veintinueve años, alumno del Royal College of Art, estrella de su generación según un crítico, que monta sus obras sobre bases de caca de elefante solidificada.⁵

Pero los réditos comerciales y sensacionalistas de tales obras lejos están de procurar una auténtica pedagogía, pues tal y como argumenta Steiner:

Privar a un niño del hechizo de la narración, del medio galope del poema, oral o escrito, es una especie de entierro en vida. Es emparedarlo en el vacío. [...] El niño ha de ser hecho accesible, vulnerable a las fuentes del ser en lo poético.⁶

Lo que hace falta, en opinión de Steiner, es una estética que sea literalmente filológica, es decir una en la cual la primacía sea un auténtico amor por la forma significativa. Y aquí lo que se impone es una actitud de apertura cabal de la sensibilidad y el intelecto del receptor ante el innegable esfuerzo del artista por recrear el ser. Efectivamente, en el arte hay que reconocer un atrevimiento de contra-creación, de yuxtaposición “*poética*” por el cual se pretende fraguar y consolidar mundos sustantivos, significativos. El arte es, esencialmente, conciencia de alteridad, de otredad, de encuentro. Y como todo encuentro que tenga relevancia, se exige siempre una dosis apreciable de cortesía. La obra, cuando pretende ser no sólo una estridencia en el mundo del espectáculo, es como un invitado que pide hospedaje; es un huésped cuya presencia nunca es trivial o efímera. ¿Somos los mismos luego de leer la *Ilíada* con atención, profundidad y asombro? Una vez que abrimos la puerta a Rembrandt, a Cervantes, a Dostoievski, a Bruckner, a Picasso, ¿podemos seguir viviendo igual? Pero no es fácil; se requiere esfuerzo como todo trabajo filológico serio. Esfuerzo que implica un ejercitarse con una cierta disciplina y

⁵ Mario Vargas Llosa, op. cit., p. 60.

⁶ Ibid. pp. 242-243

disposición a las “gramáticas de la creación”; a la sintaxis del discurso artístico; esta búsqueda de acceso al sentido, esta praxis de elucidación hermenéutica no puede ser trivial o un mero entretenimiento lúdico porque

[...] en Occidente, es un hecho evidente el que los escritos, las obras de arte, las composiciones musicales que son referencia central comportan lo que es “grave y constante” (los epítetos son de Joyce) en el misterio de nuestra condición.”⁷

Pero no sólo; según Steiner —y esta es su tesis central—, lo que va de por medio en el arte es destacar sus implicaciones metafísicas, teológicas, pues

Hay una afirmación de D. H. Lawrence que lo resume todo: “Siempre siento como si estuviera desnudo, dispuesto a ser atravesado por el fuego de Dios todopoderoso; y es una sensación bastante horrible. Hay que ser terriblemente religioso para ser artista”. Y tenemos a Yeats: “Ningún hombre puede crear como lo hicieron Shakespeare, Homero o Sófocles si no cree, con toda su sangre y su coraje, que el alma del hombre es inmortal”. Y las citas podrían continuar. Bertrand Russell declaró con agudeza que Dios había dado al hombre demasiados pocos indicios de Su existencia para que la fe religiosa fuera plausible. Sin embargo, [...] esta observación no tiene buen oído. Excluye toda la esfera de lo poético, ya sea metafísico o estético; excluye la música y las artes, sin las cuales la vida del hombre podría no ser viable.⁸

Se trata, sin duda alguna, de una propuesta que resulta por demás provocadora en la “era del vacío” en la que priva “el imperio de lo efímero”⁹; en un contexto en el que el encuentro directo con el arte sustantivo es cada vez más arduo. En un mundo parasitario, que se nutre no de la experiencia estética directa¹⁰, sino del resumen del resumen o de la versión grabada que se “oye” con unos adminículos al interior de un vagón atestado de decibeles de reggaetón, que traduce el color y la sombra del lienzo a mega píxeles; en un mundo dónde el arte justifica la banal superficialidad propia de vacua grandilocuencia de

⁷ Ibid. p. 283.

⁸ Ibid. pp. 287-288.

⁹ Las frases son de Lipovetsky.

¹⁰ “Nadie” lee la *Ilíada* o *El Quijote* íntegros, muy pocos se pasman con la *Consagración de la primavera* en vivo, sólo unos cuantos se han “hipnotizado” con un cuadro de Remedios Varo o un grabado de Escher...

un tiburón en una pecera de formol¹¹, aparece como imperativo ético recuperar las presencias reales (de los otros y de lo “totalmente Otro”), que se insinúan tremendamente en la excedencia de sentido propias del “arte serio” (Steiner dixit). Perdernos de esa experiencia es lastimoso, menguante, empobrecedor, porque al final lo que va de por medio es que, a través de la experiencia estética, podemos atisbar de cierto modo las luces de lo eterno y, eso, no es cualquier cosa.

¹¹ Demian Hirst.